

Lo único que hizo

MARINA: Se le acababa una cinta y la guardaba. Luego, llegaban a algún pueblo o lo que sea donde hubiese alguien de confianza de Tchité, algún hermano o gente favorable a la revuelta, o un familiar de alguno de los chicos. Y le daba la cinta, con nuestros nombres apuntados en un dorso y en el otro la dirección del consulado. Así, durante tres días.

JUANA: El éxito del libro... No creo que el éxito del libro se pueda atribuir a lo que le pasó, porque no tiene nada que ver una cosa con la otra. Quiero decir, llevaba dos... o tres, tres años ya en las estanterías. O más bien en los cajones. Le dio un poco más de publicidad, porque con el documental, y la cadena aprovechando el drama, la gente supo que había un libro. Pero no hablaba para nada de Rogwó, así que si siguieron comprando no sería por el morbo, es que les gustaría.

MIGUEL: Me gustaba más la parte ambientada en Roma. Estaba escrito muy parecido al estilo que esperarías de algo así. Yo diría que estaba imitando a Flaubert en *Salambó*. Un poco embarullado, muy rebuscado. Pero el conflicto básico era claramente empatizable por nuestra parte, la lealtad dividida de Cayo entre la ciudad de Roma y su nueva vida en Alejandría. Y Octavio como un propagandista experto. Eso es muy contemporáneo.

SARA: Dicen... Han escrito un montón sobre eso luego, pero yo fui de las primeras en leerlo y no me di cuenta. Dicen que Nauplia, la esposa egipcia de Cayo, soy yo. Pero no... Nuestra relación nunca fue así. Si hasta evitaba tocarme.

MIGUEL: Hay que entender que era un planteamiento profundamente perverso. Marco se había marchado a su mitad del Imperio, y allí regía con Cleopatra. Eso bastaba para presentarlo ante el pueblo como un traidor. No sabemos si realmente eran tan decadentes como se nos pinta, esa es la versión de Octavio. Pero, dentro de la novela, Arthur lo interioriza y lo escribe así. El conflicto de Arthur no me resultaba tan cercano, pero su caracterización como escritor del XIX sí.

RAÚL: No tenía muy planificado el viaje. Ya habíamos ido con él. Estuvimos, bueno, sólo yo, estuve con él en Argentina y Uruguay, subiendo el Río de la Plata, un libro de viajes. Vendí varios reportajes, monté una exposición. Marina lo acompañó en India. Fueron fotos magníficas.

SARA: En serio. No me tocaba ni lo que sería normal en dos personas que se conocían desde hacía tanto como nosotros dos. Podía verlo encogerse si pasaba cerca para que no llegásemos a rozarnos. Un par de veces tuve que reírme, porque era demasiado descarado y un poco ridículo. Prácticamente se ponía en tensión al darle dos besos al saludarlo. Quiero decir, ¿qué iba a pasarle? ¿Tan poco autocontrol tenía, iba a acabar abalanzándose sobre mí? En fin.

MIGUEL: Octavio les vendía a los romanos la grandeza de la mediocridad. Era el imperio del puritanismo. Mirad, les estaba diciendo. Marco se marcha a Egipto, con una sensual reina extranjera, vive aventuras. Pero deja aquí sus deberes familiares, abandona a mi hermana, su esposa. Y sus deberes cívicos: es un general romano que arrebató tierras a su país. Vosotros queréis ser Marco, pero no podéis. Sed como yo, y mantened Roma. Esa es la encrucijada de Cayo.

ÁNGELA: Era un poco incómodo de leer. Era como si redujese todo al sexo. No es que me parezca mal, pero reducir todas las historias a eso como única motivación... No sé si era un poco cínico en ese aspecto. A veces no contaba nada, otras tenía momentos de expansión en los que confesaba cosas que... En fin, así era él. Pero en el libro...

SARA: Cuando se marchó llevábamos un año prácticamente sin hablarnos. Algún correo ocasional, mensajes en el 'facebook', cosas así. No sabía... Todos creían que estaba con Marina, en aquella época. Quizás el que estaba era Raúl. Un poco raro.

CARLOS: No se había documentado. Lo justo, lo que diese de sí internet. Y estaba muy visto. Una historia dentro de otra historia. Vaya. Quizás lo de los tres periodos históricos, con el escritor último hablando por teléfono con el desconocido. Aunque era muy parecido a Paul Auster. Y a tebeos de Grant Morrison. Él y yo los habíamos leído, era muy descarado.

ÁNGELA: Me gustaba la historia del chaval, en Londres. El estilo victoriano. El conflicto del chico, muy ambiguo. ¿Por qué maltrataba así a la chica? No era justo. Pero de alguna manera los quiere a los dos. Queda muy cínico. No sabes tampoco qué opina su autor de él. Lo trata de manera muy despegada.

CARLOS: Había hecho una instalación para un museo. Cogió a un modelo, lo metió en un cuarto de baño y lo puso a hacer muecas mientras meaba. Literal. Le hizo fotos mientras meaba y ponía muecas. En una guiñaba un ojo, en otra torcía la boca, o sacaba la lengua. Cada careto, una foto. Luego las proyectó como diapositivas dentro de una habitación oscura, y de fondo sonaba el ruido de una cámara antigua, como si se le acabase la película. La mayoría de la gente miraba las muecas y no se daba cuenta de que el tío tenía la chorra fuera.

MARINA: El viaje a la India fue una locura que salió bien. Yo me quedé entusiasmada, y por eso quise repetir. La adrenalina te enganchaba. En perspectiva, creo que ninguno éramos conscientes del peligro de una de esas historias. Quizás él sí. No lo sé.

MIGUEL: La historia de Arthur no estaba tan lograda. Estaba documentado por encima. En la época victoriana la intolerancia contra la homosexualidad era ornamental. Se sabe que algunos miembros de la familia real británica eran homosexuales abiertamente. Eso, para empezar. Luego, resultaba cursi. La manera en que el escritor ficticio lo reescribía. Cargada, pedante. Dudo que fuese su intención.

SARA: Cayo no era una personificación de él. Se parecía más al escritor ficticio, o al inglés. Excepto en lo de ser gay, supongo. Cayo era mucho más físico. Y eso de las dos mujeres, no era una fantasía sexual. Estaba tratado como una pesadilla. He leído algún artículo en el que explican que eso es así porque era la visión de Arthur, y que a él no le gustan las mujeres porque lo han reprimido toda su vida

RAÚL: No puedes llamarlo sacrificio. Entiéndeme, trato de ser sincero respecto a esto. Era mi amigo. Creo que fue lo que los americanos llaman un 'suicidio por policía'. Llámalo suicidio por ejército extranjero. Sí, estaba haciendo su trabajo. Pero no nos dejó participar. Nos apartó porque no le importaba tanto el testimonio como matarse consiguiéndolo, y no quería llevarnos a nosotros con él.

EMMANUEL: Tchité me lo presentó como su hermano. Así, con esas palabras. En Rogwó, en aquella época, no era algo que nadie dijese gratuitamente. Los acogí en casa, a él y a sus amigos, durante un par de días. Luego se trasladaron a un hotel en la zona norte, y sólo volví a saber de ellos cuando necesitaron un guía. Fue dos días antes de la deportación masiva.

MARINA: Era... creo que hasta cierto punto lo hacía para exhibirse, pero la primera vez impresionaba, te encantaba. Fue bajarse del camión y Tchité se le lanzó a los brazos, se estrujaron casi haciéndose daño. Creo que hacía cinco años que no se veían. Luego, el mismo Tchité se volvió hacia sus hombres, levantó el puño y gritó algo que la guía nos tradujo como 'mi hermano en Marruecos', aunque ella era de Azania, no de Rogwó, así que se le escapaban matices. Eso fue un problema todo el viaje. Lo de Marruecos era importante para ellos, aunque la mayoría no había estado. Y el gesto ese, Tchité levantándole el puño y los hombres jaleando al 'hermano en Marruecos', fue el último que les vi a los dos.

CARLOS: Eso son rumores bastante idiotas. No era bisexual ni homosexual. Joder, yo he escrito sobre esclavos negros del XVIII. ¿Me ves negro? ¿O con pinta de tener 400 años? Sí, iban siempre los tres, pero eso no es... En fin, una estupidez. Lo de Cayo, pues probablemente si reflejase algo. No era el mejor manteniendo la fidelidad en una relación, tengo entendido. Bueno, mejor si cortas la última parte. O déjala. Ni que fuese un secreto.

ALBERTO: Llegó con la idea... Mira, el libro no dejó de salir. Tardó tres años en romper, pero nunca retiramos las ediciones. Es que sólo hubo dos y muy cortitas. Eso ya era un éxito para un tío tan poco conocido. Si te digo la verdad intervine poco o muy poco, aunque le recomendé un par de cambios y el título. Había que ponerle uno vendible, es la mínima concesión que nos tienen que dar a los editores.

LAUREANO: No llegué a conocerlo. Ahora he escrito más que nadie sobre el libro, pero nunca coincidí con él. Un par de correos electrónicos, a lo sumo. Y al menos perdí uno. Si lo llevo a saber... La cuestión es que el tema es muy de leyenda... como no hay cuerpo, parece que no haya muerto. Y a la estela política de Tchité Mengabó, en fin... Si uno se pasea por allí... Es como la leyenda del 'Mahdí' de los chíitas, aunque cualquier seguidor de Mengabó se enfadaría bastante por esa comparación. Pero es muy parecido: Mengabó aparecerá cualquier día, está oculto en las montañas, preparando su contraataque.

LUISA: Iba por su casa, en la época en la que debió estar escribiendo. Casi siempre me daba relatos. Aquello era una leonera, no sé hasta qué punto lo hacía a propósito. Excepto el escritorio, donde los folios se acumulaban por montones, pero cada uno tenía su orden. Entonces era como uno de esos genios de las películas, que se pasan varios días desinflados en el sillón y luego tienen una idea y se pasan otra semana encerrados trabajando en ella. No estábamos juntos.

ALBERTO: Ahora me paso la vida recolectando relatos... y comprobando que son suyos. Calculo que debió escribir, que fuesen publicables, no meros borradores, unos cuarenta. Ya hemos publicado una selección de doce y tengo otros 16 que él mismo me dio. Aparte, están los que me han pasado sus padres, y algunos amigos. Y las ex novias. Pero no te puedes fiar de nadie. De todos modos, poned esto. Si tenéis cualquier relato terminado, ya sabéis. Pero no os emocionéis, lo vamos a destripar.

MARINA: Raúl estaba en el hotel, recuperándose. En el 'jeep' íbamos sólo él y yo, con Emmanuel. La columna de Tchité nos interceptó, aunque ya habíamos escuchado casi todo en la radio. La manera en que reaccionó... no creo que lo tuviese planeado. Me pidió todas las cintas, le entregó el dinero que le quedaba a Emmanuel... No me di cuenta de lo que planeaba hasta que no empezó a... me dijo cosas, para despedirse de otra gente que esperaba en España. Y me besó. Eso lo puedo contar. Me empezó a dar vueltas la cabeza, porque era todo muy irreal. Asimilé que no iba a volver a verlo nunca, pero era no era capaz ni siquiera de llorar. Debería haberle gritado. No lo sé. Lo siento, tengo que parar.

ALBERTO: Es horrible decir esto, pero el trabajo es emocionante. Es raro vivir algo así con un autor vivo. Casi todos los famosos guardan en los cajones miles de borradores para que, cuando les toca cumplir con el volumen anual del contrato y no han hecho nada, tener un colchón que 'cosen' de mala manera y luego entregan. Y ejercicios de exégesis como el que me toca ahora... No sé, desde Bolaño tampoco había muerto nadie dejando tanto pendiente y con un 'boom' como este. Estamos ganando dinero, pero sus herederos también. Esto funciona así. Pero damos a conocer su obra.

RAÚL: Por lo que sé, debía llevar encima siete cintas. No sé cómo narices pudo recargar la batería. Tuvo que gastarlas en menos de tres días. Lo sé por las fechas de las que hemos recuperado y por lo que duró la columna de Mengabó. Editarlas fue un trabajo muy difícil. Yo regresé todavía enfermo, y Marina... tuvo que recuperarse también, porque el viaje de vuelta no fue agradable. Necesitamos la ayuda de algunos de los corresponsales, de los partidarios de Tchité que habían sobrevivido, para ordenar todo aquello.

CARLOS: Si coges exclusivamente la parte de Cayo, es un 'Ben-hur' chungo. Si te paras en Arthur, es 'From Hell'. En la parte del escritor ficticio, es Paul Auster en 'La trilogía de Nueva York'. Luego, la historia dentro de la historia dentro de la historia... Todos los cuentos egipcios que cuenta Nauplia, y que están sacados de aquí y de allá... Eso está en el 'Decamerón', en el 'Manuscrito encontrado en Zaragoza', en las mismas 'Mil y una noches'... No estaba inventando la pólvora. Y algunos pasajes, por ese mismo esquema, son un coñazo.

LAUREANO: Son dos conflictos planteados explícitamente y otro que no se llega a resolver nunca. Tenemos a Cayo, el centurión romano atrapado entre su deber cívico y su familia en la metrópoli y la nueva vida en Egipto, a las órdenes de Marco Antonio, donde tiene una amante exótica y vive aventuras que nunca soñó. Luego a Arthur, el joven autor de teatro de la época victoriana, a punto de casarse con la que es su mejor amiga de toda la vida, una chica a la que adora, pero a la que nunca podrá hacer feliz porque es homosexual, y vive con la turbadora presencia de uno de sus actores, siempre ambiguo en cuanto a sus sentimientos. Y al escritor ficticio, que escribe a Arthur escribiendo a Cayo, y habla con fantasmas.

MIGUEL: Se supone que la persona que habla por teléfono con el escritor ficticio es el propio lector. Otros te van a contar que es algo así como la propia creatividad del autor. Creo que lo realmente atrayente, lo que ha hecho que tanta gente lo lea, es la ambigüedad. Me he enfrentado a críticas en las que sostenían que eran los propio Cayo y Arthur, que realmente existieron, sugiriendo sus historias desde el más allá, y que el cambio de estilo es porque traducen sus vivencias a la manera de la ficción de sus épocas. Es una interpretación válida.

JUANA: Venía a vernos una vez al mes, si podía. A su padre le daba la vida. Fue una suerte que no viese lo de Rogwó. El entierro fue sólo unos meses antes. Vino con Luisa y con Marina, Raúl ni apareció. Sara llamó, pero él no estaba en casa. No sé si deberíais hablar de esto, porque Luisa a veces lo presentaba de una manera que... En fin, eran relaciones muy complicadas, no lo entendíamos muy bien, porque con nosotros nunca fue así. Me siguió visitando ya viuda, antes de marcharse. Era bueno.

ÁNGELA: Tenía un relato que escribió en paralelo a la novela. El estilo no tenía nada que ver. Un director de cine quiere hacer una película sobre el amor, con escenas de sexo lo más realistas posibles. Tiene los dos actores perfectos para sus personajes, pero el problema es que no se conocen de nada. Ni siquiera está seguro de que se puedan gustar. Así que los presenta y les plantea el problema, porque si se sienten incómodos el uno con el otro, la película será un fracaso. Los actores alucinan un poco, porque está claro que lo que él pretende es que tengan un lío. Él hasta está casado, y ella acaba de salir de una relación complicadísima. Intentan quedar un par de veces y hablar del tema claramente. Se gustan, pero ninguno da el paso. Entre medias, él deja a su mujer. Pero no se tocan hasta el primer día de rodaje. Y el relato acaba ahí. Es muy muy cursi. Creo que Alberto ha vendido los derechos para hacer una película.

LUISA: Le encantaba hablar de sus ideas, para todo. Novelas, relatos o reportajes. A veces me llamaba sin venir a cuento, me preguntaba cómo estaba, yo hablaba un poco, y luego empezaba a contármelo. Estaba claro que me llamaba para eso, que lo yo le pudiese contar le importaba tres pimientos. Pero a mí me gustaba. Era presenciar el trabajo creativo en primera línea. A veces me sentía mal, pero era una manera de mantener el contacto con él.

EMMANUEL: No he visto los reportajes. Os diré lo que me contó mi familia, no puedo decir más. La columna de Mengabó avanzó durante una semana. Iban de pueblo en pueblo, lo liberaban, dejaban algunas armas y un par de soldados que entrenaban una nueva milicia, se reaprovisionaban y seguían su camino. Todo el mundo creía que iban a ganar. Hasta que en Pengewa apareció el ejército, y los mataron a todos. Era lo que gritaban los megáfonos de los 'jeeps', con los oficiales de gafas oscuras y boina roja ladeada. Así los distinguíamos siempre. Nada de cuartel, no se dejará ningún traidor vivo, ni a sus colaboracionistas extranjeros.

RAÚL: Las primeras dos horas de la primera cinta consisten en presentar a los hombres de Tchité. Piezas de cinco o diez minutos, como mucho, en las que les pone la cámara delante y cada uno dice 'me llamo tal, vengo de tal pueblo, y estoy aquí porque estoy hartos del Gobierno, porque Tchité es lo mejor para nosotros, porque un oficial mató a mi hermana y se libró por ser militar'... Cosas así. Decidí intercalar esas piezas entre escenas del documental, súbitamente, sin avisar.

ÁNGELA: De lo de Tchité yo no sé mucho. Vivía con él antes de que hiciese el viaje a Marruecos y se conociesen. Sé que tenía escritos los primeros borradores de la historia de Cayo entonces. Sara nos visitaba mucho. Ella tampoco quiso ir a Marruecos, ni Raúl. Me contó que se conocieron en una reunión de corresponsales en Casablanca, pero no sé qué pintaba Mengabó allí. Por cómo cuentan que era, se debieron caer bien desde el principio. Luego lo acompañó a la frontera con Mauritania y pudo hacer ese reportaje, y los rebeldes lo acogieron como a uno más. Todo lo demás no habría sido posible sin aquello.

MARINA: Durante el viaje, yo llevaba la novela en la mochila. A él no se la enseñé nunca, no quería ni que supiera que la tenía. No sé por qué, me daba vergüenza. Cuando nos despedimos, iba por la mitad. Me la acabe ya en España. Pasé varios meses medio zombi, y durante una semana lo único que hice fue leer la novela. No seguí por donde la dejé, volví a empezar. Me dio tiempo de leerla tres veces. Un día, por lo que me dijo mi madre, yo no me acuerdo, ni comí. Sólo estuve fuera de la cama tres horas, en un sillón de la sala de estar, leyendo. Lo peor de todo es que si ahora mismo me preguntases de qué va, te lo sabría decir muy por encima. Casi por lo que he leído sobre ella. Sólo sé que cuando leía, oía la narración con su voz. Era así de absurdo.

LAUREANO: Marruecos, India, Rogwó, Perú, Argentina, Uruguay... le aseguro que no hay el menor rastro de ninguno de sus reportajes ni en la novela ni en los cuentos. Creo que decidió separar realidad y ficción lo más drásticamente que pudo. Los comentaristas, y es algo en lo que yo voy a entrar, dicen que quizás los relatos expresan más su cosmovisión que los textos periodísticos. Es una interpretación más. En mi trabajo, sólo puedo subrayar con seguridad que no trasladaba situaciones, a menos de manera aparente. Los conflictos de sus personajes están muy lejos de los de las personas reales a las que entrevista. Son un poco más personales, más privados, y por ello más banales. Era mucho más épico para la realidad.

MIGUEL: Con Cayo, sabes cómo termina desde el principio, porque su dilema es el de Marco Antonio, y Marco Antonio perdió la guerra. Con Arthur es más complicado, porque la lógica te dice que como él lo plantea, su problema no se puede resolver en el contexto en el que él vive. Es algo de lo que te das cuenta pronto, pero la novela juega contigo cuando el escritor desconocido empieza a discutir consigo mismo si debe dar al romano un final sorpresa, una huida hacia Arabia con la mujer que ama, dejando el final abierto. Que sería un reflejo del deseo reprimido de Arthur, la solución de Rimbaud, huir de la civilización. Eso lo que te insinúa, sin decirlo. Que el conflicto que para ti es fácil para él es aburrido, y que el que no sabes cómo va a resolverle, él lo tiene planeado desde el principio.

JUANA: Nos sentimos tristes, pero sabemos que murió haciendo su trabajo. No es que sea un héroe, pero era un buen profesional. Y mucha gente, ahora, puede leer lo que tenía que decir. Creo que todo estaba relacionado, que hablaba de lo mismo. De las frustraciones de las personas, de aquello que no pueden conseguir y cómo se enfrentan a eso. Era lo mismo, la columna de su amigo Tchité y el centurión romano de antes de Cristo, soldados que saben que les arrebatan la libertad y usan lo que han aprendido para recuperarla. Ganen o pierdan.

SARA: Recuerdo una fiesta, un poco antes de que se fuese a la India la primera vez. La organizó Rafa, era uno de esos encuentros de antiguos amigos en los que parece imposible que esté todo el mundo allí. No me tocó. Quiero... No sé si me explico. No llegué a sentirme incómoda, pero los dos estábamos achispados y era muy evidente... Pero no me tocó, incluso lo que hubiese sido natural. Sé que en aquella época vivía con Ángela. O algo así, nunca se podía estar muy seguro.

CARLOS: Cuando volvió de Marruecos nos cogimos la mayor borrachera que hemos pillado nunca. Lo vi cerca del llanto, y te digo que eso para mí era ciencia-ficción. Tenía la novela terminada, pero yo no la leí hasta que salió publicada. Creo que sólo hablamos del proyecto siguiente, que era el de la India. Necesitaba... Bueno, quería llevar un fotógrafo y

había pensado en Marina. Estuvo girando alrededor de cómo plantearle el tema toda la noche. Básicamente, se la quería tirar. Si lo consiguió, a mi no me lo contó nunca.

EMMANUEL: Buscamos los cuerpos durante meses. Hay familias que aún lo hacen. Son cosas completamente ilegales, porque todo el mundo sabe que el Gobierno hizo sus propias reglas para permitir la apertura de tumbas, pero se siguen haciendo. No hay rastro de Tchité ni de ninguno de sus hombres de confianza, compatriotas o extranjeros. Unos cuentan que murieron en la batalla y quemaron sus cuerpos, para ofenderlos. Otros, que cogieron a un puñado vivos, los llevaron a un cuartel en el norte y allí los torturaron y luego los ejecutaron.

SARA: Me contó una historia. Fue lo único que hizo. Era un cuento sobre un anciano que estudia un libro sagrado mientras su mujer está enferma. El libro no es la Biblia, pero se le parece mucho. El anciano lo estudia de día y de noche, con un candil encendido muy cerca del papel porque está perdiendo la vista. Un día encuentra lo que busca, un nombre secreto que no debe ser pronunciado. Pero es demasiado tarde, cuando acude junto al lecho de esposa, esta ya ha muerto. Y ya está. Él lo desarrolló más, me lo adornó, explicaba hasta los detalles de la enfermedad de la anciana. Pero no tiene moraleja ni nada, simplemente es así. Sigo sin saber por qué se empeñó en contármelo.

CARLOS: El último relato que le leí era una broma muy elaborada. Creo que nadie que no lo conociese podría pillarla. Una historia sobre un mono al que no le gustaban los plátanos y comía manzanas. Pero en la jungla no crecen manzanas. ¿Ves? No os hace gracia.

LUISA: Me reuní con Raúl. Él no me conocía. Sabía quién era, pero no lo sabía. Lo esperaba, pero me decepcionó un poco. Había sido poco más que un pie de página en esta historia. Esperaba que le hubiese hablado más de mí. La cosa es que me senté con él, me estuvo enseñando cortes del documental.

SARA: Hace un par de semanas me crucé con su madre. No estás grabando, ¿verdad? La vi, pero ella a mí no. Así que no la saludé. No sé qué idea tenía de nues... de mi relación con su hijo, pero no quería que empezase a preguntarme cosas, ¿sabéis? Os lo cuento para que sepáis por qué me incomoda esto tanto. Todo el mundo ha dado por supuestas cosas que no eran ciertas, si vais a sacarme, que sirva para quitarme eso de encima. No es agradable.

ALBERTO: Es difícil determinar el estilo exacto. Tened en cuenta que no dejó tanto material como para poder establecer un estudio detallado. Y era todo muy heterogéneo, mucha mezcla malintencionada. Casi podrías decir que lo hizo a propósito. Cuando finalicen las ediciones críticas tendremos... no sabría cómo decirlo, tendremos un mapa. Mirad, lo digo como editor y como algo parecido a un amigo suyo. Ningún gran maestro tiene un gran discurso que lo articule, a menos que llegue a viejo y entonces decida empezar a corregir hacia atrás. Van improvisando, porque uno nunca es igual durante toda su vida. Es lo que hacía él, estaba buscando siempre a ver qué le funcionaba. Creo que no le valía nada. Si hubiese conocido el éxito del libro, probablemente le habría sentado fatal.

MARINA: Recuerdo que, cruzando sobre el Marará, nos paró. Era un puente de madera con pinta de estar a punto de caerse, pero que aguantó bastante bien. No a nosotros, es que luego vi pasar hileras e hileras de refugiados cargando prácticamente con sus casas al hombro. Una cadena francesa los bautizó “los caracoles”, porque se movían demasiado

lentos para que la ayuda de la OTAN les llegase. En fin. El caso es que nos detuvo a medio puente, ese día estaba despejado. Nos cogió de las manos, a Raúl también. Nos miró a los ojos, primero a él y luego a mí, o puede que fuese del revés. Y luego sonrió. Nos soltó y continuó andando. Eso fue todo. Pero pasó.

ÁNGELA: No leí el libro completo hasta que él ya había desaparecido. Lo hice consciente de que no iba a volver a verlo nunca. Repasaba las partes que ya conocía, paladeaba cómo las había reescrito y me imaginaba por qué. A veces me sentía como si el desconocido, el ente abstracto que llama al escritor por teléfono, fuese yo. No el yo lector, sino yo, yo misma. Algunas de sus críticas eran muy parecidas a las que les hice a sus borradores.

RAÚL: No creo que egoísta sea la palabra. Más bien egocéntrico. No quería acaparar, era sólo que a veces no veía más allá de lo que él quería, de sus necesidades. Entonces, matarse, ¿fue egoísta o egocéntrico? Desde luego, era el fin de sus problemas, pero, ¿y los demás, qué?

MARINA: No sé qué más queréis que diga.

ÁNGELA: Lo que menos me gustaba era el final.

Granada, mayo de 2011